

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por seis id. 21 »
Por un año. 40 »
Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.
La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis- tracion. 15 reales.
Por seis id. 28 »
Un año id. 50 »
ESTRANJERO, tres meses. 30 »
ULTRAMAR, un año. 6 pesetas
Se suscribe en la Habana: Propaganda lite- raria, calle de la Habana, núm. 400.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ

Tres grandes proyectos tienen hoy el privilegio de atraerse la curiosidad de mis contemporáneos de ambos sexos.

Primer proyecto. La navegacion aérea por medio del Rey de los aires, ú otro cualquiera.

Segundo. Encontrar las inmensas riquezas que guarda el fondo del mar.

Tercero. Desterrar el último miriñaque.

Los numerosos proyectos que he visto aparecer y desaparecer en lo que llevo de madrileño (que son ya bastantes años), me han convencido de que me falta la confianza en ellos.

Viene el Sr. Montemayor y dice que nos va á volver micos. Reune algun dinero, que no es poco reunir, y empieza á clavetear maderas y á construir una especie de pez ó pájaro (ú otro apreciable animalito) que debe llamarse Eolo y hacer su primer viaje desde el pueblo de su nacimiento hasta los balcones del palacio real.

Pasan dias, meses y años, y el Sr. Montemayor firme que firme, y el pez ó pájaro (ú otro animalito) sin dejarse ver por esos aires.

Por fin se anuncia que ya está hecho el apreciable animalito del Sr. Montemayor, y nada... el descubrimiento se volvió agua de cerrajas.

Decir á Vds. el dinero que en todo este tiempo se consumió en la construccion del apreciable animalito, solo Dios y el profundo autor del descubrimiento podrán saberlo á punto fijo.

«El Eolo, decia el autor antes y despues de empezar sus trabajos; el Eolo va á ser el primero que navegue por los espacios con direccion fija. El problema está resuelto. Véase la prueba.»

Y, con efecto, despues de haberse probado que era verdad, resultó que no era verdad, como de costumbre.

Pasó algun tiempo, nadie se acordaba ya del señor Montemayor ni de su pez ó pájaro (ú otro apreciable animalito), cuando apareció por el horizonte otro caballero que tambien habia resuelto el problema.

El Sr. Dombon se adelantó, diciendo:

—Señores, tengo que decir á Vds. en confianza que acabo de descubrir la navegacion aérea, como quien no descubre nada. Lo que ha sido causa de que tanto sabio se desespere y hasta pierda la razon, yo, yo solito acabo de averiguarlo con la misma facilidad que si se tratase de averiguar cuántos años tiene un borrico mirándole la boca. Para llevar á cabo mi asombroso descubrimiento necesito unos cuartos; no puedo ser más modesto. Para convencer á Vds. de los portentosos resultados de mi invencion, voy á hacer una prueba en pequeño. El que tenga dinero que venga á verla.

La prueba se hizo, y para abreviar repetiré lo que ya dije, que, en efecto, despues de haberse probado que era verdad, resultó que no era verdad, como de costumbre.

El Sr. Dombon reunió dinero y materiales y se fué á

Valencia. Allí, á la orillita del mar, ha pasado lo mejor de su juventud construyendo el globo y comiendo merluza.

En cuanto al problema, todavia está en pié: lo único que se ha caido es el dinero empleado en el famoso descubrimiento.

Despues de tanto ensayo afortunado, nos dicen los periódicos que ahora no falla. Un inglés acaba de presentarse en Paris con el Rey de los aires, un aparato con alas, cuya explicacion es muy bonita.

Espero que, despues de haberse probado que es verdad, resulte que no es verdad, como de costumbre.

Y sin embargo, alguna vez ha de ser: la navegacion aérea está en la mente de todos; pero sin duda por consideracion á los que viven, la naturaleza se guarda el secreto, y no quiere ocasionarnos de pronto un trastorno que daría al traste con las aduanas y con mis queridos amigos los propietarios de las fabricas de papel continuo.

Descubierta la navegacion aérea, cambiará completamente la faz del mundo, y ¡adios posadas tradicionales, fortalezas, cadenas, puertos y fronteras!

Suprimida la aduana y la cédula de vecindad, pregunto yo: ¿qué sería del mundo?

Desde el momento en que Vd. pudiese levantarse un dia y llegarse á la tienda de enfrente y decir al mozo:

—Déme Vd. un globo, que me voy esta tarde á ver la revista de Berlin.

O bien:

—Deme Vd. un rey de los aires que esté algo estropeado y sea barato, porque es para mi suegra, que se empeña en ir á Paris, y voy á ver si se queda en el camino.

O bien:

—Mire Vd., quiero el mejor par de alas que haya en la tienda, porque acabamos de fundar una Sociedad de crédito, y en cuanto se reuna algun dinero será preciso hacer un viaje largo.

Desde el momento que estas cosas pudieran hacerse, dejo á la consideracion del público el calcular las consecuencias.

Con el proyecto de navegacion aérea coincide el de registrar el fondo del mar, para quitarle lo que posee en uso del derecho que le da la ley, puesto que lleva unos cincuenta años gozando de su plena posesion.

Allá á principios de este siglo vinieron de Méjico tres galeras cargadas de oro para España. Supieronlo los ingleses, ¡y aquí te quiero escopeta!

Con ese amor que tienen los ingleses á la libertad y al oro extranjero, trataron de apoderarse de los buques españoles; pero estos se fueron á pique, y ¡oh dolor! con ellos se enterraron en el fondo del mar las riquezas que traian. ¡Dia de luto para Inglaterra!

Desde entonces acá, muchos han querido dar con el tesoro, y ahora se forma una sociedad con el capital de 60 millones de reales para escarbar el sitio de la catástrofe.

No sé si el mar tendrá la paciencia de consentir que así le registren el seno unos desconocidos. Si no tengo mucha confianza en su pudor, téngola por lo ménos en

su avaricia. Sabido es que el mar arroja á la orilla todo lo que le incomoda. Se ahoga Vd. (sin ejemplo), y el mar lo echa fuera á los pocos dias. Pero si bien usa con Vd. de tan poca cortesía, no sucede lo propio con el dinero. ¡Ah! el dinero se lo guarda. Jamás lo arroja fuera. Demasiado sabe el mar que sin dinero no somos nada.

Ahora bien: conociendo yo su poder y su genio, ¿presumiré que unos cuantos atrevidos bastarán para quitarle lo que guarda con tanto esmero? ¡Nunca!

Tenemos, pues, amenazado el elemento aire, el elemento agua, y á punto de salvarse el elemento mujer con la abolicion del miriñaque.

Si de todos estos proyectos conseguimos realizar el último, podremos entregarnos tranquilos al fallo de la posteridad.

Luis Rivera.

DESDE EL SUIZO A LA SUIZA

Cartera de viaje.

Alicante 28 junio.

Querido Luis: Dejo para el libro la página de mi expedicion á Elehe.

Dicha página no cabe en el periódico. No cabe, porque es imposible hablar á la ligera de un pueblo á quien un poeta inglés ha llamado La Palmira de Occidente; de un país cuya descripcion se presta más á la poesia que al estilo llano; de un país cuyos bosques inmensos están formados de palmeras que parecen que llegan al cielo.

(¡Figúrate, caro amigo, treinta ó cuarenta mil palmeras descollando entre centenares de casas blancas habitadas por los nietos de los árabes, tus queridos abuelos!) Tampoco puedo describirte á la ligera la posada de la Tadea, digna de un capítulo entero.

Ni á Rosario, una posadera que tiene fama de bonita en diez leguas á la cuadrada (porque ahora las leguas son cuadradas).

Ni te puedo hablar como de pasada del palmito, ese manjar tan sui generis, que estoy seguro no se vende ni en los restaurants de la Exposicion de Paris. Para comerlo hay que inutilizar una palmera ¡Y yo lo he comido!

Ni te puedo describir, en fin, muchas cosas que he visto en un dia.

Sirvan estas líneas de recuerdo al excelente amigo que encontré en aquel pueblo, cuyo nombre no se borrará nunca ni de mi libro ni de mi memoria.

Continuaré mañana.

Alicante 28, por la noche.

D. José, el jefe de la familia, el ángel con gafas, que cuida de todo en la casa donde vive Eduardo y sus compañeros, suele acompañarme á tomar café á veinte pasos del mar.

En el café Suizo.

Porque tambien aquí hay café Suizo. Cuando yo llegue á una poblacion donde no haya café Suizo, maldeciré al destino.

Esos suizos, amigos míos todos, amigos de todos los literatos de Madrid y provincias, esos suizos, á quienes todos llamamos por sus nombres de pila, como si se tratara de unos parientes ó de unos compañeros, desde Bernardo hasta Francisco, desde Roman hasta Lorenzo, me hacen falta por donde quiera que voy, porque son un recuerdo viviente de muchos episodios de mi vida.

Aquí he encontrado á Lorenzo.

Verme y correr á mi lado fué obra de un instante.

—¿A dónde va Vd.?

—A Suiza, le respondí.

Imposible sería pintar la alegría de aquel apreciable muchacho. Su casa en Suiza, su cuarto mismo allá en su pueblo, su pueblo entero, todo lo ponía a mi disposición desde luego.

Le prometí detenerme en *Poschiavo* solo por ser su patria.

Y D. José me explicó en seguida un trocito de historia suiza.

Porque D. José, á pesar de sus anteojos azules, es un hombre instruidísimo.

Esta mañana despues de tomar el café me explicó toda esa terminología marítima que me ha parecido siempre tan difícil de entender, y que me han hecho más intraducibles todavía algunas zarzuelas de Camprodon.

D. José me ha dado una definición detallada de cada barco, desde el bote hasta el falucho, y desde la balandra á la fragata.

Estoy, pues, en disposición de recorrer de orilla á orilla un barriño de agua en un barco de papel, sin ahogarme ni mucho menos.

Aquí se me ocurre una observación

Se habla de las pocas personas decentes que suele uno encontrar en la tierra.

Pero ¡Dios mío! ¿y en la mar?

Yo no he visto gente menos decente que estos hombres del mar. El que menos, anda sin zapatos.

Desarrapados, sucios, desgredados, parecen cuando se pasean sobre la cubierta de un buque, mendigos poseionados de un palacio.

Desearo estoy llegar á un puerto donde los marineros tengan aspecto de tales. En estos barcos de la marina mercante no se ve una persona que dé pruebas visibles de serlo.

Esceptuando los capitanes, y todo lo que en el mar constituye *cabeza*, lo que es los *pies* son horribles.

Un elemento en que se ven tan pocos hombres regulares solo se parece al de la literatura.

Porque yo sé que es un error eso de que no hay más que cuatro elementos.

Los elementos son cinco: Aire, tierra, fuego, agua y desvergüenza.

Ganas tengo de ver á nuestros bravos marinos de guerra.

Son las doce. Los serenos en esta población cantan la hora de un modo tan raro, que no parece la hora cantada, sino vendida.

—¡Las doce y sereno!

Esto, en Alicante, me hace el mismo efecto que si oyera:

—¡Quién compra unos minutos!

¡Y siento no poder comprarlos y guardarlos en conserva para cuando se me ponga el pelo blanco!

A bordo del *Non plus ultra*, 29 de junio.

Me acuerdo en este momento de unos renglones escritos por Pedro Antonio de Alarcón.

O mejor dicho, recuerdo la idea, pero los renglones no.

Cuando uno pasa por un pueblo sin detenerse, y ve en él una aparente tranquilidad, unas casitas blancas, unas muchachas que juegan, y cosas por el estilo, dice uno sin poderlo remediar:

—¡Qué feliz sería yo aquí!

Así decía yo esta tarde al subir al vapor y tender la mirada hácia Alicante:

—¡Qué feliz sería yo ahí!

Pero yo lo decía con más motivo que el personaje del libro de Alarcón.

He pasado cuatro días tan agradables; he encontrado unos amigos tan cariñosos, y en una palabra, me han tratado tan bien, que... ¡parece mentira, hombre! me hubiera quedado.

Almorzamos en casa de *Maissonave*, y almorzamos muy bien. Si al concluir me hubieran preguntado qué carrera ó profesion me gustaba más, hubiera contestado lo que cierto niño contestó en ocasión parecida:

—¡La de convidado!

El vapor salía á las tres en punto. Yo tenía mi pasaje en el bolsillo. Pasaje para Barcelona.

Terminado el almuerzo, nos dirigimos al muelle, entramos en un bote todos, y... ¡al *Non plus*!

Me habían recomendado al capitán.

El capitán Leal es un inteligentísimo marino y un hombre simpático. Tiene todo el aspecto de un hombre de mar. No conociéndole, y hallándole en tierra, se adivinaria en seguida que no estaba en su centro. Hombre de pocas palabras y de gravedad austera, podría detener con una mirada á toda una tripulación iracunda.

Cuando subimos al vapor, Carlos Sanchez se dirigió á él, y le dijo:

—¿Es Vd. el capitán?

El capitán respondió sin mover ojos ni cuerpo:

—Sí.

—¿Le han recomendado á Vd. un pasajero?

—Sí.

—Es este caballero (y me presentó).

—Bueno.

No dijo más el capitán, ni se movió siquiera.

En aquel momento me sobrecogí, y estuve por preguntarle:—¿Ha comido Vd.?—para en el caso de que me hubiera dicho que no, volverme á tierra de prisa y corriendo, como medida preventiva.

Pero más tarde me convencí de que el capitán no se

comía á la gente, ni era tan hurraño como me figuré al principio.

Poco rato despues el capitán indicó que el vapor iba á partir, y los amigos me abrazaron.

¡Oh! ¡Las despedidas me desesperan! Quisiera no conocer á nadie de quien tuviera que separarme. Sufro más que si me pidieran prestado.

Eduardo me dió un abrazo en silencio, que fué hablarme más que todos juntos. Los demás me fueron abrazando y repitiendo sus sinceras ofertas.

¡Adios, pues, cariñosos amigos, dulces afecciones tan pronto nacidas y para siempre arraigadas en el alma! Yo os prometo volver á abrazaros (si el tiempo lo permite).

Ya habían bajado todos y se alejaban; ya comenzaba el barco á oscilar dulcemente; ya parecía que el mar, el muelle, la población y hasta el cielo giraban lentamente alrededor mio; ¡ya nos íbamos!

El bote donde iban mis amigos se fué separando, separando, separando, despues se hizo más chico; las personas que iban en él iban pareciendo bultos primero, sombras más tarde; en seguida no ví más que los pañuelos que flotaban y se agitaban en el aire, dándome la despedida; momentos despues estábamos hendiendo la mar con una rapidez desesperadora, y yo, con un pañuelo en la mano, asomado á la barandilla del vapor y mirando las olas, de un color azul oscurísimo, recorrí en un instante los cuatro días pasados, y volví á recordar á todos los alicantinos, de D. José para arriba.

Pero pronto tuve que variar de ideas y de postura.

Aquí entra lo gravísimo.

Quince días hacia que pensaba yo, y lo consultaba con todo el mundo, si me marearía ó no.

Y quince años lo menos que me tenía preocupado la idea de un mareo de los estrepitosos.

Había oído millones de pareceres acerca de esto.

Había comprado un limón.

Había tomado preservativo.

Había recibido consejos saludables y recetas útiles.

En una palabra, había hecho todo lo que un hombre de bien puede hacer para que el Mediterráneo no le haga daño.

Pero yo no sé quién fué el que le dijo alguna picardía á la mar esta tarde, y la mar se picó. Y con la mar picada, ¿quién se atreve?

El balanceo del vapor es delicioso; comienza por poquito, pero se va animando, animando, animando, y es cosa de no acabar. Si el pasajero está de pie, tiene la ventaja de que, sentado, no se mareará, y es indudable que no se mareará, porque al dar un paso para ir á sentarse, se romperá la crisma contra las tablas, y acabará más pronto.

Es el mareo un calorito que se pasea por dentro del individuo con la tranquilidad del que no tiene otra cosa que hacer. El individuo se quiere resistir y se resiste un poco; pero el calorito, que no es individuo ni pasajero, no se sienta, sino que sigue paseando, y bajando y subiendo. Por fin el individuo se entrega, y prueba hasta qué punto es expresiva la lengua castellana en aquello de *echar el alma*. Hasta que uno se marea, no comprende lo exacta que es la frase.

Y ¡qué interesante es un pasajero mareado!

Los ojos se ponen hundidos, vidriosos, se pierde el color, se crispan los dedos, se cae el hongo y se pierde el sentido, y cosas que valen más; y despues que se ha echado el alma, se quiere echar más todavía, y como no queda nada y el mar quiere que se le obedezca, se quiere uno morir, y no se muere, y sigue el balanceo bonito y el calorito que sube y baja, y así se pasan cuatro ó cinco ó seis horas, ó dos ó tres días, que para los aficionados es lo suficiente. ¡Qué rato, Dios de los peces, qué rato pasé!

Gracias á un pasajero, hombre compasivo y bondadoso hasta no más, cariñoso y servicial hasta la orilla de enfrente, pude llegar al camarote, donde me tendí y empecé... ¿á descansar creían Vds.? pues no, que fué á empezar de nuevo la devolución de documentos.

¡Y el barco siempre lo mismo! ¡Y el mar siempre igual! ¡Y faltaban siete horas para hacer parada!

Apenas me había acostado cuando se presentó el capitán.

Debo confesarlo. Estuvo amabilísimo (siempre grave, eso sí), y me ofreció sus servicios, y se lo agradecí muy de veras.

Una hora despues volvió á bajar y á preguntarme por la salud.

Estuve por decirle:—¿La salud? ¡No sé dónde anda!

El pasajero bondadoso, que no se mareaba y andaba por el barco como yo por mi casa, me ofreció también sus servicios antes de acostarse.

¡Ay, muchos *servicios* me ofrecían, pero todos eran pocos!

Por fin logré lo que tanto deseaba.

Logré que viniera en mi ayuda mi mejor amigo.

El sueño.

Cuando desperté, la canturía de los marineros, que echaban el ancla, me dió á entender que habíamos parado.

Me vestí y subí sobre cubierta.

Estábamos en un puerto; á distancia de un tiro de fusil se veía un pueblecito risueño, que estaba convidando al descanso.

—¿Qué población es esta? pregunté.

—Valencia; me respondieron.

—¡Valencia! exclamé; ahí tengo yo un amigo... capitán, lo siento mucho, pero yo me quedo aquí.

—Sobre este punto, dijo el capitán, Vd. es quien ha de *deliberarse*.

—Pues, capitán, *me delibero*, y que suban mi equipaje.

El capitán mandó que subieran mi equipaje, en seguida apreté la mano del capitán, que me repitió sus ofrecimientos, bajé la escalera del *Non plus ultra*, y metido en un bote, como la pomada, me trasladé, es decir, me trasladaron á la orilla.

Momentos despues estaba en Valencia por el camino del Grao, dentro de una tartana.

30 de junio.

¡Bendito sea Dios, que tales cosas cria!

¡El alma tengo alegre como unas pascuas, regocijado el corazón y contento el ánimo!

¡Eureka! ¡Ya di con el país que necesitaba!

Entré en Valencia á las seis de la mañana de hoy. Es domingo, y el cielo está sereno.

Es decir, que he entrado en Valencia cuando debía entrar.

Difícilmente encontraré un país que me cause más grata sorpresa.

Ya esto es otra cosa. Ya se habla dialecto francamente por todas partes. Ya la naturaleza es pródiga y la vegetación tropical. Ya se cumple aquí el deseo que nace en Alicante.

Caminante, quien quiera que seas, detente en el puerto de Valencia, deja el vapor que hasta aquí te haya conducido, y entra en la ciudad del Cid sin vacilar ni por un momento.

¡Valencia!

Es un país que merece capítulo aparte.

Eusebio Blasco.

Posdata. Se advierte al Sr. D. Luis Rivera y al público en general, que el autor no ha hablado hasta ahora de mujeres, porque apenas las ha visto.

Pero una vez en Valencia, el autor se reconoce, se encuentra el mismo, á pesar de las suposiciones de su amigo Rivera, y al encontrar en este delicioso país las mujeres más encantadoras que pudo soñar... promete dedicarles páginas enteras.

¡Viva Valencia, país de las niñas pálidas y ojeras!

Vuelvo á firmar, por lo que pueda ocurrir.

Eusebio Blasco.

LOS HOMBRES DEL CHIC

Tipo primero.

Juanito Cristales.

Todos Vds. le conocen, y omito por lo tanto la presentación oficial.

No obstante, si es tan de rigor y la rutinaria educación de Vds. así lo exige:

Tengo el honor de presentarles á mi particular amigo Juanito Cristales, soltero, veintiocho años de edad, cuatro mil duros de renta nominales, lentes perpétuos, barba en guerrilla, abono en el Casino, y un humor de todos los ángeles, que son á mi modo de ver los señores que gastan mejor humor, ya que esto es lo único que puede gastarse hoy día que todo anda tan gastado.

No tiene vicio desconocido, y es en su casa un santo varón, y fuera de ella un barón que no se sabe de dónde le ha venido el título, aunque se sospecha.

Fuma de la Vuelta de Abajo, y todas las noches anda dando vueltas en los salones de arriba, donde suele hacer las conquistas más estrepitosas de la corte.

Cuando recibe un favor, ya que esto es lo único que puede gastarse hoy día que todo anda tan gastado, nunca las dá á secas, ni las toma á miles, ni las recibe á millones, sino que usa de cantidades proporcionadas al beneficio que se le hace.

Por ejemplo, si le regalan un almuerzo en casa de Lhardy, acostumbra á dar cuatrocientas veintiseis gracias, y si le regalan un caballo árabe de Sevilla, pura sangre, suele estenderse á ochocientas veintitres.

Un día le oí dar treinta y seis por un *percheron*, y por todo esto y algo más dicen sus amigos que tiene mucha gracia.

Entonces y solo entonces es cuando Juanito Cristales indetermina la espresion, contestando «Muchas gracias.»

Conoce á todos los actores de la corte, y á la mayor parte de los de provincias; les convida á almorzar en su fonda, y acaba el banquete generalmente alojando los cuartos los hijos de Talía, y regalándole por via de agradecimiento cuatro coraceros del gobierno. (Aludo á los cigarrillos.)

Cuando el estío deja sentir sus ardores y se los comunica confidencialmente á Juanito, éste echa sus cuentas... por la ventana para no recordar á sus ingleses, y para huir de ellos se decide salir fuera de la corte eligiendo como tónicas y atemperantes las aguas de Villadiego, á donde se dirige acompañado del *chic* que nunca le falta y que le ha hecho célebre, sin publicar obra ninguna.

Suele pasar en la escursión dos ó tres meses, al cabo de los cuales vuelve á Madrid con decidida intención de volver á ocuparse en lo mismo que otros años.

Y cuando encuentra á sus *numerosos amigos*, porque los tiene á pesar de no ser periódico político, ni botica,

FLAQUEZAS HUMANAS



Giménez

—Va Vd. á Biarritz!
 —Sí señora.
 —¡Y yo!
 —¡Y yo!
 —¡Y yo!
 —Pues esta vez sí que nos vamos á reunir allí lo más bello y selecto de la buena sociedad.

TEMPESTADES DE LA VIDA

(Continuación.)

VI.

La posición de los dos adversarios, el lugar en que se encontraban sus armas, revelaban todas las fases del combate. Solo el motivo de la lucha se ignoraba.

Si entre los asistentes se hubiese hallado un hombre de bien, este hubiera podido leer en la faz de los dos cadáveres de qué lado había estado la razón. El rostro del sumiller, contraído por todas las malas pasiones, inspiraba horror; el intendente, al contrario, con la sonrisa en la boca y los brazos cruzados sobre el pecho, parecía haber muerto defendiendo una noble causa. Pero la visita de la sangre despertó bien pronto otros pensamientos.

Después de haber sacado los dos cuerpos, corrieron á la cámara del señor de Loiry, bajo pretexto de instruirle del suceso, pero en realidad para poner su complot en ejecución.

Entonces vieron que la huida del conde los dejaba dueños del castillo.

Durante varios días oí los gritos del triunfo, los cantos de la orgía, los discursos interminables de la embriaguez.

Cerca de mí, en aquel comedor donde se había reunido tantas veces la nobleza del país, los servidores casi borrachos rodaban bajo la mesa.

El salón resonaba con palabras soeces. Vi entronizarse los jefes de la revuelta, tan insolentes y tan despotas como los verdaderos amos. Los fuertes dominaron á los débiles. Estos fueron reducidos otra vez á la servidumbre.

A cada instante, el estruendo de las voces, el ruido de las armas, las luchas encarnizadas, seguidas de lúgubre silencio, me hicieron comprender todo lo que pasaba.

Por fin los sirvientes temieron que viniesen á turbar-

les en su posesión, y decretaron el repartimiento. Este se apoderó de la bodega, aquel de los muebles, este otro de los objetos de lujo; cada uno tuvo su lote.

Se organizó regularmente el reparto. Se pusieron en requerimiento caballos y carruajes; y el transporte comenzó.

Aquellos preciosos muebles, que Magdalena había tocado, se amontonaron confusamente en las carretas. Las reliquias fueron profanadas, los cuadros violentamente arrancados de su marco, los retratos de la familia mancillados por manos sacrílegas. Al pasar por la galería, los antepasados tendieron sobre la mansión una mirada que comprendí yo, que como ellos estaba condenado á la impotencia.

Bien pronto no quedamos en el castillo más que la pastora y yo en compañía de algunos perros olvidados.

Estos pobres animales murieron de hambre detrás de las rejas de la perrera, llenando el aire de siniestros gemidos. Eran muy dignos de compasión, pero al menos se quejaban. Mi suplicio escedía al suyo, pues ni por gritos ni por lágrimas podía expresar mi dolor.

Durante la noche, el viento gimió en los corredores, las puertas batieron, las cerraduras rechinaron, los vidrios se hicieron pedazos. Cada cosa olvidada, abandonada, ó destruida, encontraba una voz para quejarse; yo solo estaba condenado al silencio.

No era esto todo. La miseria se preparaba para Magdalena. Un hombre de fuera vino á arrancar uno á uno todos los clavos que me fijaban en la pared.

Después, no sé por qué, interrumpió su trabajo. Este hombre no podía dejar de venir; le pertenecíamos, sin duda.

La tela no estaba sujeta al muro sino por el moho que los clavos habían depositado. El menor sacudimiento debía precipitarme sobre el suelo. No me inquietaba el lugar donde me iban á conducir; qué me importaba el castillo, puesto que mis amigos lo habían abandonado?

Pero temblaba por Magdalena. Aquel papel que Antonio había depositado cerca de nosotros, con la esperanza, acaso con la seguridad de que la heredera lo encon-

trase un día, ¿qué iba á ser de él, espuesto á los peligros de un viaje? Estaba perdido para ella.

Durante los largos días, durante las noches interminables, no pensaba más que en esto.

Una tarde ví en mi botonadura el último recuerdo de Magdalena, la rosa ajada, descolorida, cuyo tierno tallo se inclinaba, y cuyas hojas desprendidas por el sacudimiento del lienzo habían caído á mis pies.

Mientras tanto varias luces resplandecieron sobre los árboles. Voces de hombres, de mujeres, llegaron hasta mí; me figuré por un momento que el señor y su hija volvían.

¡Vana esperanza! Eran los lacayos, armados hasta los dientes. Los miserables venían todavía una vez á solazarse en la vivienda de sus amos. Se habían dado cita para una última orgía.

Esto no era nuevo para mí; había oído ya muchas veces sus cánciones y sus blasfemias. Llamaba sobre ellos, como los días anteriores, la venganza del cielo. Pensaba en René, el adorador de Magdalena, el valiente soldado cuya diestra poderosa hubiera castigado ó dispersado aquel puñado de enemigos.

Pero quizá él, vástago de una ilustrada familia, estaba perseguido, desterrado... ¡Pobre René! me decía, la gracia, la belleza, han huido; la muerte y la ruina han quedado.

Entonces, como si hubiera obedecido á un conjuro, aquel que acababa de evocar entró, semejante á un fantasma.

Era René; una gran capa le envolvía; un sombrero de anchas alas caía sobre su rostro.

Escuchó un instante el ruido de las botellas, el crujido de los besos; después, descubriéndose delante de mí con profundo respeto:

—¿Dónde está ella? me dijo con voz apagada. Habla, tú, su confidente, tú, á quien ella ha tomado por testigo de su amor. ¡Ha muerto en esta espantosa tempestad? Tú debes saberlo.

(Se continuará.)

les cuenta sus soñadas aventuras, mintiendo como ca-
torce andaluces despues de haberse tirado al cuerpo una
botella de Jerez por barba.

Tiene corresponsales de sus negocios financieros en
algunas provincias, especialmente en Aragon y Valencia,
pues acostumbra á sacar mucho partido de los melones
y de los alcornoques.

Diariamente se levanta á la una de la mañana, al-
muerza á las dos de la misma, se viste á las dos y media
de la tarde, sale de casa y da por ahí una vuelta, disputa
y hace apuestas sobre su palabra; pero como la ha em-
peñado tantas veces, resulta que no la tiene, y la traen
y la llevan sus conocidos como sombrero de pretendiente
ó coche de alquiler.

Come á las siete de la tarde en verano y á las siete de
la noche en invierno (hablemos con propiedad), y esto
despues de haber dado un paseo bien montado por la
Castellana ó el Prado ó las calles de Madrid.

A la hora de haberse comenzado la funcion entra en
el teatro que le parece, pues en ninguno le reclaman la
entrada, gracias á ciertas amistades con los empresarios
ó los actores.

Habla fuerte durante la representacion, y mira á todos
lados, ménos al palco escénico, excepto en las ocasiones
en que está sobre él la señora de sus pensamientos ó
mejor dicho, la señora de sus obras (y no de miseri-
cordia).

Terminada la funcion, se va á un café, donde cena
gratis et amore, y pasa dos ó tres horas haciendo las delicias
de sus compañeros, que generalmente son escritores
conocidísimos.

Porque eso sí, es muy salado.
Tiene, segun dicen, la gracia de Dios, aunque á mi se
me figura que es lo único que le falta, espiritual y místi-
camente considerada la frase.

A las dos ó las tres de la madrugada vuelve á sus ho-
gares, lácio, trasnochado, cariacontecido y con humor
de pegarle un par de puntapiés al camarero.

Esta es una de las principales victimas del chic.

De lo que resulta que Juanito Cristales come, bebe,
fuma, se divierte, gasta, triunfa, derrocha y no trabaja,
saliendo todas estas misas de la generosidad ó candidez
de sus amigos.—Luego es un ente perjudicial á la socie-
dad,—por cuya razon la sociedad lo tolera y lo aplaude.
Nada más logico.

Ahora bien, he determinado incluir entre los tipos
que tendré el honor de ofrecer á Vd. de los hombres
del chic, los de las señoras de idem, y entre ellos el de
la señora Sociedad, que es la que tiene el chic más emi-
nentemente desarrollado.

Para concluir: ustedes habrán observado que de todos
los gastos de Juanito suelen hacerse cargo sus infinitos
relacionados,—pero que, en medio de todo, nadie se en-
carga de cubrirle el de la fonda. Esto es fácil de ex-
plicar.

¡Hace seis años que Juanito no paga en dicho estable-
cimiento, y tiene setenta y ocho cuentas en el cajon de
la cómoda, cubiertas... con un pañuelo!

Y sin embargo, el servicio es agasajador.
¡Echele Vd. guindas á un fondista, y ayúdeme Vd. á
desenvolver el lio!

Gerardo Blanco.

CABOS SUELTOS

La Lealtad se lamenta, y con razon, de que á la eje-
cucion del desgraciado Iniesta haya corrido presuroso el
pueblo de Madrid, como si se tratase de un espectáculo
en la plaza de toros.

Diez y nueve siglos de civilizacion, por el estilo de la
que defiende La Lealtad, han dado ese fruto.

Aconsejamos á la direccion del circo del Príncipe Al-
fonso procure que sus acomodadores repartan con igual-
dad el programa de la funcion entre los espectadores,
pues solo se lo dan á aquellas personas conocidas ó que
les son simpáticas, mientras se hacen los sordos para
otras.

No vaya á llegar el caso de dar solo programa al que
de propina,—ó á las niñas de cara bonita.

En las cartas del P. Sanchez se da cuenta de varios
casos de cólera fulminante ocurridos en Roma.

Tambien dice el P. Sanchez que ha visto al ex-rey de
Nápoles, y que si creyera en la frenología, sentiria haberle
visto.

Parece que Mr. Thiers piensa hacernos una visita.
De paso podria hacernos tambien un discurso.

Dos alemanes discurren así, hablando del crecimiento
de Prusia á costa de la Alemania:

—Te digo que Prusia nos ha engañado.
—No lo creas. ¿Qué decia Prusia? Que queria nuestro
bien. Pues ya lo tiene.

El Sr. Fernan-Caballero publica un breve y curiosi-
simo artículo en El Independiente de Sevilla, con el tí-
tulo de El buen sentido.

Es obrita que se puede recomendar al de todos nues-
tros lectores, por la idea y por la forma.

El buen sentido es condicion esencial para el escritor
y para el hombre, segun los testos que aduce del inglés
lord Chersterfield, del francés Leon Gozlan, y del espa-
ñol fray Estéban de Villa; pero despues el autor añade
de su propia cosecha que ese buen sentido que por dias
van perdiendo los hombres se conserva intacto y sin ha-
berse extraviado en las mujeres (las suegras inclusive).

En la forma ¡oh! en cuanto á la forma hay cosas que
es preciso verlas y leerlas para creerlas; se halla el ver-
bo modernizar, el adjetivo paradójal, por paradójico, y
sobre todo, el cuco ó ingenioso calificativo de chachueco,
que yo desafío al más guapo á que le encuentre su acep-
cion y origen.

¡Oh artículo delicioso! ¿Qué se podrá decir acerca del
buen sentido del que tales ideas y palabras publica?

La esposa del ministro italiano Rattazzi ha hecho fu-
ror en Florencia con la publicacion de una novela títu-
lada El Camino del paraíso.

Como lo perdimos por Eva, no estraño que sus hijas
traten de devolvernos lo que nos deben.

Los dos salvajes americanos de la Exposicion de Paris
saben leer, escribir y hablar el francés y el inglés.

Sin ir á la Exposicion, en cualquier pueblo de Francia
pueden hallarse salvajes de clase más superior.

Y no quiero hablar de España...

A la isla de Cuba le ha salido un poeta llamado Del-
monte, que es como si le hubiera salido una verruga,
porque el tal poeta tiene la manía de criticarlo todo...
ménos lo suyo. Es verdad que el público se encarga
de ello.

Pues este Sr. Delmonte ha publicado una Oda á Amé-
rica en la que empieza pidiendo á no sé qué númer que
vista su fantasia con las alas del condor, cuyo traje me
parece el más á propósito para la isla de Cuba. Un hom-
bre vestido con alas ó con tapa-rabos estará siempre
fresco.

En seguida dice:
Vuele mi mente desde el polo helado
hasta la faja ecuatorial; la tinta
robe á la aurora que soberbia pinta
de carmin y violeta el azulado
crepúsculo oriental.

Eso de polo helado querrá dar á entender que hay
otro polo caliente, porque de lo contrario estaria el ad-
jetivo antes del sustantivo, y por mi parte no dudo que
Delmonte crea en los dos polos opuestos por la tempe-
ratura.

Lo de faja ecuatorial, me parece una frase muy poé-
tica en el cuerpo de un chulo.

Pero lo que más me agrada es esa tinta que roba á la
aurora que pinta de carmin y violeta el azulado cre-
púsculo...

¿Qué es lo que le roba á la aurora, la tinta de carmin
y violeta? ¿Pero cómo ha de ser esto, cuando añade que
es azulado el crepúsculo?

Poeta, al verte nadar
en ese mar de colores,
te creyera un arco iris
si ya no fueras del—monte.

El cuadro de Creuze, la inocencia, ha sido vendido
en Paris por 100.200 francos

Solo conozco otro cuadro que pueda venderse tan caro
—el del vicio.

A la puerta de la jaula de los leones de Bernabó se
aproximó una vieja:

—¡Jesus! dijo, ¡qué miedo!
—No tenga Vd. cuidado, abuela, repuso un pollo que
estaba al lado. Estos leones no le harán á Vd. nada.
—¿Por qué?
—Porque solo comen carne fresca.

Los periódicos de Paris dicen que en Marsella se ha
formado causa al director de un colegio, que era el abate
P...—por escesos cometidos con los niños.

El colegio ha sido cerrado de órden de la autoridad,
pero el abate ha huido.
¡Qué lastima!

Con el título de Encantos y desengaños ha publicado
un libro de poesias el jóven escritor Sr. Garcia Sanchez,
con un prólogo de nuestro amigo Sr. Henao y Muñoz.

En este volúmen se encuentran pensamientos delica-
dos y versos bonitos.
Esto es ya mucho para un principiante.

La marquesa de C... era antes tan gorda... pero se ha
quedado tan flaca, que la otra noche al entrar en el sa-
lon dijo una de sus íntimas amigas:

—¡Pobre marquesa, y cómo se ha quedado! ¡Si pare-
ce una catedral á la que le han robado los santos deján-
dole solo los nichos!

Soneto.

Mi buen amigo Baltasar cruzaba
anteayer por la calle de Gravina,
cuando encontró á la vuelta de una esquina
una mujer que el rostro recataba.

Con tal coqueteria columpiaba
al andar su cintura peregrina,
que mi amigo sintió la aguda espina
que el deseo en el pecho le clavaba.

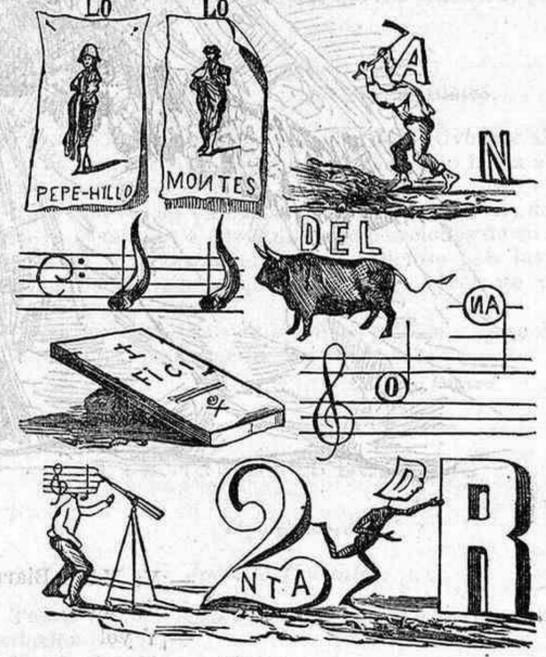
Siguióla con afan, notóla ella,
y le echó á quema-ropa una mirada
con la electricidad de una centella.

Mas á poco, llegando á su morada,
dijo:—«Señor Tenorio, muy felices,»—
y le dió con la puerta en las narices.

PASATIEMPO

Solucion á las Charadas del número anterior:—1.º Palo-
mares.—2.º Navegante.

JEROGLÍFICO



CHARADA

En mi cuarta y tercera,
tercia y segunda
oiste tercera y quinta,
no te confunda.
Prima y tercera en mano
empuña fuerte;
quinta y segunda puede
causar la muerte.
Y es cosa extraña
que el todo pueblo sea
de nuestra España.
(Las soluciones en el número próximo.)

ANUNCIOS

ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martin, calle del Lobo, núme-
ro 40, se glasea toda clase de papel con la mayor prontitud
y economía.
Tambien se doran letreros é iniciales sobre cintas, petas-
cas, carteras, etc. etc.

BAZAR DE CALZADO

Calle de la Montera, núm. 2.
Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de
becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y salen,
charol y chagren, becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo
más elegante de construccion alemana. Precios moderados.

BAÑOS

NO MAS TUFO EN LAS HABITACIONES.

Ave-Maria, núm. 11, tienda de Marin.
Se venden y alquilan baños de zinc y de hoja de lata,
con estufas ordinarias y de las que no dan tufo, como en
años anteriores, que en atencion á las circunstancias y á
las muchas aguas que posee hoy Madrid, serán sus precios
muy económicos. 8

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 4867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.